

Texto de “El sol de Breda”, de Arturo Pérez-Reverte.

EL MOTÍN

“Después, a toro pasado, hubo dimes y diretes sobre si aquello se veía venir; pero la verdad fija es que nadie hizo nada para remediarlo. La causa no fue el invierno, que ese año transcurrió sin mucho rigor en Flandes, pues no hubo heladas ni nieves, aunque las lluvias nos causaron penalidades agravadas por la falta de comida, el despoblamiento de las aldeas y los trabajos en torno a Breda. Pero todo esto iba de oficio, y las tropas españolas tenían hábito de ser pacientes en las fatigas de la guerra. Lo de las pagas resultó distinto: muchos veteranos habían conocido la miseria tras los licenciamientos y reformaciones de la tregua de doce años con los holandeses, y conocían en sus carnes que el servicio del rey nuestro señor era de harta exigencia a la hora de morir, pero de mal pago en la de seguir vivos. Y ya dije a este particular que no pocos soldados viejos, mutilados o con largas campañas en sus canutos de hojalata, tenían que mendigar por calles y plazas de nuestra mezquina España, donde el beneficio siempre era de los mismos; y quienes en realidad habían sostenido con sus salud, sangre y vida la verdadera religión, los Estados y la hacienda de nuestro monarca, resultaban con infalible rapidez muy lindamente enterrados y olvidados. Había hambre en Europa, en España, en la milicia, y los tercios luchaban contra todo el mundo desde hacía un siglo largo, empezando a no saber exactamente para qué; si para defender las indulgencias o para que la Corte de Madrid siguiera sintiéndose, entre bailes y saraos, rectora del mundo. Y ni siquiera quedaba a los soldados la consideración e ser profesionales de la guerra, pues no cobraban; y no hay como el hambre para relajar la disciplina y la conciencia” (El sol de Breda, capítulo III, pág. 65-66, Alfaguara, Madrid, 1998)